



GISELA POU

Gisela Pou nació en Castellar del Vallés (Barcelona) en el año 1959. Es licenciada en Ciencias Biológicas y tiene un máster en Guión televisivo. Desde hace más de veinte años, se dedica a escribir guiones televisivos y compagina su trabajo con su pasión: la literatura.

Ha escrito para el público infantil y juvenil obras como *La edad del loro* (publicada por Edebé) y diversas novelas para adultos, entre las que destacan *El silencio de las viñas* y *La voz invisible*.

periscopio

LA JOVEN DE LA MEDIANOCHE

periscopio

—Búscala, niña. Búscala, y dile que cumplí mi promesa. Dile que nunca revelé su secreto a nadie.

Mi abuela hablaba lentamente y me hizo repetir, palabra por palabra, todo lo que tenía que decirle a aquella chica cuando la encontrase. Juré que la buscaría y le contaría todo lo que ella me había dicho. Lo juré para que ella muriese tranquila. Mentí.

Y aquella mañana, la radio me anunciaba que la historia que había creído fruto de un delirio senil era una historia verdadera, y que aquella chica que mi abuela visitaba pasada la medianoche tenía nombre y apellido.

3. *Amigos de infancia*

El mundo cada vez se hacía más pequeño, los coches se convertían en diminutos puntos de colores, los bloques de pisos eran casas de juguete y en un instante el paisaje desapareció engullido por una espesa capa blanca. Las nubes se mantenían en el aire como gigantescas bolas de algodón, luminosas y suaves, que invitaban a saltar encima de ellas. Volaba hacia Berlín con la esperanza de encontrar a una mujer que se había escondido en el sótano de la casa de mi abuela. No sería fácil llegar hasta Gertrud Grass, y, sin embargo, estaba convencida de que lo conseguiría.

Mamá estaba exultante. Su interpretación de Lady Macbeth había sido elogiada por la crítica. Había recortado todos los artículos que hablaban de ella y los leía diez veces al día. Sobra decir que su felicidad siempre es la mía. Cuando la vida le sonríe, todo le parece perfecto y yo he aprendido a aprovecharme de sus explosiones de euforia. Lady Macbeth aplaudió la idea de que me marchase unos días a Berlín. Estaba tan centrada en sí misma que no preguntó nada y no fue necesario decirle ninguna mentira.

No le había contado a nadie los motivos que me empujaban a ir hasta la capital alemana. Ni tan solo se lo había confesado a Álex. En aquellas mil trescientas veintisiete palabras le exponía que la urgencia de ir a Berlín era para hablar con una amiga de mi abuela que tenía los días contados. Mientras esperaba que él me dijese algo, yo ensayaba todo lo que tenía que decirle. Pero él no respondió, ni una llamada, ni un mensaje, nada de nada. Su indiferencia me dolió. Descubría a un Álex insensible y orgulloso. El ruido del motor del avión se convertía en un rumor que me repetía que Álex era un imbécil. Más decepcionada que enfadada acepté que no podía hacer nada, que se había terminado, que él ya no formaba parte de mi vida, y en un arrebato de rabia borré su contacto del móvil.

—¡Vete a la porra, Álex Giró! —exclamé mirando aquel cielo que me devoraba.

El avión pegó una sacudida. La señora que se sentaba a mi lado se apoyó con las manos en el asiento de delante. Cerró los ojos mientras musitaba una especie de plegaria. Yo la miraba por el rabillo del ojo y con mucho gusto habría dicho algo para tranquilizarla, pero no encontraba las palabras. Cuando el avión recuperó su posición horizontal, cuando todo el mundo ya se había desabrochado el cinturón de seguridad, ella abrió los ojos, inmensos y redondos como si fuesen de lechuza, relajó los brazos, los dejó caer a lado y lado y me miró.

—Me horroriza volar —dijo con una sonrisa forzada, y con un gesto de dolor se tocó las orejas.

Me apresuré a sacar un par de caramelos del bolso y se los ofrecí.

Aquella mujer se llamaba Margot Schoger; era de Girona, pero había perdido el apellido cuando se casó con un alemán y dejó de llamarse Margarida para convertirse en Margot. Hacía más de cuarenta años que vivía en Berlín y era bibliotecaria en la Staatsbibliothek. Se sentía tan berlinesa como su marido y sus hijos, y resultó que el miedo a volar le disparaba la lengua y durante las dos horas y media de viaje no se calló. Yo la miraba, asentía, y deseaba que una agitación del avión la hiciese enmudecer, pero fue un vuelo tranquilo. Su rostro perdió el color y la respiración se le hizo más intensa cuando la azafata anunció que estábamos a punto de aterrizar. Llegábamos a Berlín.

—¿Sira Burg Llach? —dijo una voz densa y cálida que pronunciaba mi nombre con una familiaridad que me sorprendió.

Justo detrás de mí había un chico que no reconocí. Hombros anchos, más de metro ochenta, cuerpo atlético, ojos negros, nariz recta, labios carnosos.

—¡Hola! —exclamé con una cordialidad forzada, y me tragué aquello de: «lo siento, pero no sé quién eres».

En una milésima de segundo mi cerebro funcionaba a toda marcha. Mis archivos mentales buscaban la identidad de un rostro que no reconocía. Aunque tengo buena memoria, fui incapaz de saber quién era; me quedé con una sonrisa entumecida a ras de los labios y no me di cuenta de que la señora Schoger me saludaba.

—Precisamente antes de ayer vi la foto de tu madre en el periódico —me dijo el chico que caminaba a mi lado y me hablaba con una familiaridad afectuosa.

—Ahora vivo con Lady Macbeth en casa —le respondí mientras mi cabeza daba vueltas.

Resultaba incómodo comprobar que él lo sabía todo de mí y yo ni tan siquiera sabía cómo se llamaba.

—No has cambiado en absoluto —me dijo con un deje lleno de admiración.

—¿Eso es un cumplido? —le contesté para disimular mi ignorancia—. ¿Quieres decir que antes me veías mayor de lo que era? ¿O es que ahora aparento menos edad de la que tengo?

El chico me miró un instante y su expresión se iluminó.

—¿Cómo puedes acordarte? —me dijo entusiasmado—. ¡Hace mil años!

¿Acordarme? Si precisamente mi problema era que no me acordaba de nada.

—Has dicho exactamente la misma frase que le decías al gato con botas —me aclaró—. Gracias a tu madre, que nos echó una mano para aprendernos el papel. De no ser por ella, yo no habría sido capaz de memorizar nada. ¿Qué curso era? ¿Tercero?

—Cuarto —le respondí al mismo tiempo que se abría el cielo y resonaban un millar de trompetas.

Un rayo de luz iluminaba la imagen de un grupo de niños de diez años. ¡Lo había encontrado! ¡Por fin sabía quién era! El montón de chicos que en aquellos momentos tenía en la cabeza quedaron reducidos a dos niños de diez años. El que hacía de rey era muy

blanco de piel, tenía el pelo rubio y los ojos azules, y el que hacía de gato era Nico Vidal, un niño rebolludo, gordito, con gafas de montura de colores que sostenía con una goma. Me tragué una exclamación de sorpresa. Mi amigo de la infancia se había convertido en otra persona. Hacía años que no le veía y me emocionó tenerle delante. La cola de gente avanzaba con lentitud, y tuvimos tiempo de ponernos al día. Él iba a estudiar alemán todo el mes de julio, y viviría en el piso de su hermana.

Intentaba reaccionar, decir algo inteligente y resarcirle de la frialdad con la que lo había tratado, pero me limité a contarle que iba a Berlín a visitar a una amiga de mi abuela.

Cuando miraba hacia atrás y rememoraba mi infancia, en el centro de todo siempre estaba Nico Vidal. Bajito y rechoncho, con unos inmensos ojos negros y unas gafas que fueron cambiando de color conforme pasaban los años. Nico Vidal era Nico para todos, y Vidal para mí. Yo era la única que le llamaba por el apellido, porque el nombre de Nico me recordaba al vecino del tercero primera, un pesado insoportable que no paraba de venir a quejarse porque hacíamos demasiado ruido. Vidal y yo nos pasábamos las horas del recreo sentados en las gradas de la pista, y mientras los otros jugaban al fútbol, nosotros pasábamos el rato contándonos historias que inventábamos, que leíamos, o que imaginábamos. Cuando sus padres se separaron y cambió de colegio, le perdí la pista. Habían pasado siete años y poco teníamos que ver con aquellos niños que fuimos.

El aeropuerto de Schönefeld era un aeropuerto pequeño donde todo era sencillo y fácil. Tenía las horas contadas porque pretendían cerrarlo y que todos los vuelos se concentrasen en el aeropuerto internacional de Berlín-Brandeburgo. En un santiamén estuvimos en la zona de equipajes y, sin embargo, me parecía que Vidal y yo hablábamos desde hacía horas. Era afable y cercano; en un momento de la conversación me explicó que salía con una compañera del instituto desde hacía meses, y que ella iría a Berlín a finales de mes.

—A mi novio le han obligado a ir a Londres con su familia —mentí—. Por eso he venido yo sola.

Las mentiras son como los chicles, se alargan, se enganchan, y cuando lo han embadurnado todo, ya es imposible librarse de ellas.

No me apetecía dar pena confesando que acababa de cortar con el chico por quien había suspirado desde tercero de la ESO. Álex Giró nos gustaba a todas. Todas nos moríamos por estar cerca de él; y yo también, aunque lo disimulaba. Siempre me ha parecido patético babear por un chico. Fue por eso por lo que él se fijó en mí, porque era la única que no le reía las gracias, la única que no había ido detrás de él, la única que le desafiaba, y eso lo puso en marcha y no paró hasta que le dije que sí. Salir con él hizo que dejase de ser Sira la Combativa para convertirme en Sira la Pava. Un error. Pero eso ya era historia.

La señora Schoger pasó por mi lado arrastrando una enorme maleta roja y me dijo adiós mientras se ponía bien las gafas.

Cuando Vidal tuvo su bolsa, me dio su número de

móvil y nos prometimos que volveríamos a vernos. Quizás en Berlín, quizás en Barcelona, o quizás no volveríamos a coincidir durante los próximos diez años. Sea como fuere, había sido agradable reencontrarnos después de tanto tiempo.

Me había quedado sola delante de la cinta que escupía los equipajes. Todo el mundo se había ido. Solo quedábamos yo y una maleta verde que aparecía y desaparecía. No tenía ningún sentido seguir esperando. Era absurdo negar lo que era evidente: aquella maleta no era mía y mi maleta no estaba. Resultaba premonitorio que mi viaje empezase perdiendo el equipaje. Fui hasta el mostrador de reclamaciones. Me atendió una chica muy amable que me dijo que en cuanto encontrasen la maleta me avisarían. Decidí no ponerme nerviosa. Podía subsistir un par de días sin ropa, pero los nervios aparecieron de golpe cuando me di cuenta de que todo el papeleo de la reserva de hotel y la manera de llegar hasta allí estaban en el bolsillo exterior de una maleta que volaba vete a saber dónde.

Salí de la terminal. Con mucho gusto me habría puesto a llorar allí mismo si mi orgullo no me lo hubiese impedido. Me senté en el suelo y para intentar calmarme respiré pausadamente. Con mucho gusto habría dado media vuelta y hubiera regresado a mi casa. Me sentía tan sola y desvalida como si tuviese diez años. Necesitaba que alguien me consolase y me dijese qué debía hacer. Sin embargo, yo no conocía a

nadie en Berlín. En un acto de desesperación llamé a Vidal. Le expliqué lo que me pasaba con la voz a punto de romperse.

—No te muevas. Ahora voy —dijo sin dudar.

Veinte minutos más tarde estaba a mi lado. Cuando lo vi, se me humedecieron los ojos. Era el Vidal de siempre, mi mejor amigo. Me sinceré: había ido a Berlín a buscar a una amiga de mi abuela, pero no tenía ni idea de cómo encontrarla.

—Puedes venir conmigo al piso de Emma —me dijo con esa sonrisa que le empequeñecía los ojos y le iluminaba la mirada.

4. *La ciudad habla*

Vidal no me había dicho toda la verdad. El estudio donde supuestamente tenía que pasar el mes de julio con su hermana resultó ser una habitación en un piso compartido en la calle Libauer, en Friedrischain, un barrio popular de la ciudad que había sido Berlín Oriental. Libauer era una calle tranquila paralela a Simon-Dach Strasse, una zona de bares y restaurantes con mucho ambiente. Tres puertas más abajo del número trece estaba la Trattoria donde Emma Vidal servía pizzas para poder llegar a fin de mes sin tener que pedir dinero extra a sus padres.

Nos abrió la puerta una francesa de pelo largo hasta la cintura y unas piernas que no terminaban nunca. Noëlle Valéry tenía un aspecto etéreo, caminaba como si sus pies no tocasen el suelo y tenía una voz tan suave que más que hablar parecía que recitaba. Nos dijo que Emma había tenido que ir a la facultad y que no llegaría hasta la noche. Atravesamos la sala sin decir nada. Había un chico durmiendo bocarriba en el sofá. A sus pies, una retahíla de cervezas en formación como si fuesen una colección de soldaditos de plomo.

La habitación era amplia, tenía una gran ventana

que daba a la calle y un balcón lleno de plantas. La cama estaba encima de un altillo, y debajo quedaba una especie de sala-estudio de veinticinco metros. Además de un armario que ocupaba toda una pared, había una inmensa mesa de trabajo y un sofá-cama de color verde oscuro. Todo estaba muy ordenado, no daba la impresión de que allí viviera una estudiante de veintidós años.

Emma Vidal había aterrizado en Berlín para hacer un Erasmus, pero cuando le tocaba regresar a su casa decidió que se quedaba otro año y convenció a sus padres de que era fundamental para su futuro perfeccionar la lengua alemana.

Encima de la mesa estaban las llaves del piso, un mapa de la ciudad y una nota:

Nos vemos por la noche. Instálate
y disfruta de Berlín, hermanito.

—A Emma siempre le salen imprevistos. Tenía que venir a buscarme al aeropuerto, y me envía un whatsapp para decirme que no puede, que me espera en casa. Y llego a casa y resulta que no está —dijo Vidal indiferente a un recibimiento tan poco acogedor. Dejó el papel donde lo había encontrado, se metió las llaves en el bolsillo y tomó el plano—. ¡Qué te parece si vamos a conocer a esta ciudad!

Yo no había viajado hasta Berlín para hacer turismo, pero tenía que digerir que había perdido a mi novio, que no tenía maleta, que los ahorros de todo un año habían servido para pagar un hotel que no sabía dónde estaba

y que los mensajes que enviaba a Lucian Epstein —el periodista que había entrevistado a Gertrud Grass— no obtenían ningún tipo de respuesta. Un paseo por la ciudad me ayudaría a no pensar en nada y a relajarme.

El metro nos dejó justo delante de la Puerta de Brandemburgo, el lugar exacto donde, desde hacía siglos, se encontraba una de las dieciocho puertas de la muralla que rodeaba la ciudad. Con seis columnas a cada lado y coronada por una cuadriga, la puerta se había convertido en el símbolo de Berlín y de toda Alemania. Cuando el muro dividió la ciudad por la mitad, la puerta se quedó en un extremo del Berlín comunista y se abrió a un muro de piedra imposible de franquear.

—¡Encantado de saludarte, Puerta de Brandemburgo! —exclamó Vidal y se inclinó para hacer una reverencia.

Vidal había depurado un especial sentido del humor y aquella ocurrencia me hizo reír. Quise creer que la risa era el principio de mi recuperación. Hacía más de dos horas que no tenía que esforzarme en no pensar en Álex. Al lado de Vidal paseé por Unter den Linden, una avenida con tilos que emanaban un aroma intenso y dulce. Las ramas de los árboles estaban llenas de flores diminutas y amarillentas. Aquella fragancia era el perfume de la ciudad.

Había estado demasiados días concentrada en mí misma como para leer algo de Berlín y me dejaba llevar por mi amigo. Bajo la sombra de los tilos, nos comimos

un gofre que chorreaba chocolate y me sentí casi feliz.

—El Monumento del Holocausto está aquí mismo.

Me callé para no evidenciar mi ignorancia; no tenía ni idea de qué me hablaba y dejé que hablara él:

—¡Me han dicho que es impresionante!

Vidal tenía razón, además de impresionante era inquietante. Una especie de laberinto hecho con dos mil setecientos bloques de hormigón gris oscuro de diferentes alturas que ocupaba toda una manzana de casas. El suelo subía y bajaba para simbolizar la progresión del holocausto de los judíos. Un inmenso campo de bloques de piedra que podían llegar a medir cuatro metros de altura. Se podía entrar desde cualquier parte. A pie de calle los bloques eran bajos, pero cuando te ibas adentrando en él parecía que penetrabas en un bosque de piedra denso y claustrofóbico.

Vidal caminaba delante de mí con paso lento. Una sensación de soledad y desesperanza iba creciendo hasta notar que costaba respirar, un ahogo producido por estar rodeados de piedra negra. Allí dentro se concentraba el horror de la guerra y escuché la voz de mi abuela que, sentada en el jardín del geriátrico, con la mirada clavada en el inmenso tilo que tenía delante, hablaba de Gertrud Grass, la chica del sótano, la joven de la medianoche.

Habían asegurado que Berlín era una ciudad segura, pero les mintieron, como en todo. Las primeras bombas cayeron en agosto del año 1940 y ya no pararon. Aquel

verano abría la puerta a una catástrofe que duraría cinco años. Gertrud Grass se había casado hacía un año, pero la felicidad se terminó de pronto cuando llamaron a su marido para ir al frente.

Gertrud se quedó sola en la ciudad. No tenía padres, ni hermanos, ni parientes de ningún tipo, y la familia de su marido vivía en Dresden —años más tarde, todos morirían en el último ataque de los Aliados—. Ella trabajaba como secretaria y vivía pendiente de que llegase una carta, pero hacía meses que no llegaba ninguna. Se entretenía con el trabajo y cada noche escuchaba la radio para estar informada de todo lo que pasaba en el frente; cuando las sirenas anunciaban un bombardeo, se tragaba el miedo y corría al refugio. El chillido de las sirenas, los gritos de la gente, las carreras para bajar a las estaciones de metro formaban parte de la vida. Nunca se acostumbró al ruido infernal de las bombas; cuando ya no podía soportarlo más, cuando el miedo rezumaba por todos los poros de su piel, cuando creía que todo terminaba, entonces, con los oídos tapados con las manos para amortiguar el ruido, rezaba. Hacía años que había dejado de creer en Dios, pero en aquellos momentos le necesitaba y le tendía la mano para tenerlo más cerca y dejar de sentirse tan sola. Los edificios se derruían como si fuesen de barro, y el paisaje de la ciudad quedaba reducido a la nada. El cielo caía sobre la ciudad y lo destruía todo. Y cuando los aviones habían desaparecido, quedaban el silencio, el humo y el polvo que apestaba el aire. La ciudad se iba desmoronando. Pasaban los meses, y ella no se acostumbraba a esa destrucción que venía del cielo.

La voz de mi abuela regresaba cálida, tenía los ojos fijos en el inmenso tilo. La historia de Gertrud y sus propias vivencias se trenzaban para crear una sola. El viejo tilo la miraba; aquel árbol también había sido testimonio de una guerra que ya solo quedaba en la memoria de los mayores.

Cuando Gertrud salió del refugio, corrió hacia la casa. Quería creer que después del horror llegaría un momento de felicidad. Quizás aquel día tendría carta de su marido. Quizás anunciarían que la guerra había terminado. La esperanza era lo único que la mantenía viva. Aquel día, el polvo y el fuego la advirtieron de que una bomba había caído demasiado cerca. Aún faltaban unas cuantas calles para llegar a la suya; pero al girar la esquina un puñetazo en el estómago la detuvo. La desolación se había convertido en tragedia. Todo había desaparecido; no había edificios, ni jardines, ni aceras, el paisaje se había convertido en un montón de escombros. Caminó en silencio, convertida en sonámbula, y llegó hasta donde hacía un momento estaba su casa. No quedaba nada de ella. Lo único que se sostenía medio en pie era la chimenea, que se mantenía, inestable, como un centinela malherido que se niega a abandonar su puesto. Se quedó allí, sola, en medio de una casa que ya no existía. El dolor era tan intenso que no sentía nada. No tenía nada. Ni marido, ni ciudad, ni recuerdos. Quería desaparecer. Durante dos días se quedó entre los escombros esperando no sabía exactamente qué, y al tercer día supo que debía irse de Berlín.

Salí del Monumento del Holocausto con una sensación de adormecimiento. Caminaba al lado de Vidal sin decir nada hasta que él se volvió hacia mí.

—¿Qué piensas hacer para encontrar a la amiga de tu abuela? —me preguntó en el momento en el que una procesión de turistas se adentraba en aquel laberinto de bloques de hormigón.

—Iré a ver a Lucian Epstein, el periodista que la entrevistó.

—¿No sería mejor intentar contactar con ella directamente? —dijo Vidal.

—Ya lo he hecho. He llamado a todos los Grass que salen en la guía telefónica, pero nadie conoce a ninguna Gertrud o, si la conocen, no quieren hablar de ella.

—O sea que ese periodista es tu único camino.

—Supongo que sí.

Decirlo en voz alta hizo que me diera cuenta de mi ingenuidad. Lucian Epstein no había mostrado ningún tipo de interés en mis mensajes, y si él no quería ponerse en contacto conmigo, era probable que tampoco accediese a hablar. Un montón de dudas me agobiaban, pero no pensaba darme por vencida antes de empezar. Sin embargo, si el periodista me daba la espalda, ¿cómo podría encontrar a esa mujer en una ciudad de tres millones y medio de habitantes?

No había ido a Berlín por un afán de aventura. Había ido por mi abuela Dora. Ella consideraba a Gertrud una buena amiga. El carácter seco y estricto de mi abuela había conllevado que muy poca gente le abriese

su corazón. No obstante, aquella desconocida que se escondía en el sótano le había contado su secreto. Día a día, detalle a detalle, aquella joven narraba la historia de dos años de sufrimiento.

Vidal me invitó a comer en uno de los restaurantes de Simon-Dach Strasse. Al día siguiente empezaba las clases y aquella tarde iría al centro a informarse. No había terminado la frase cuando recibió otro mensaje de Emma. En un texto lacónico, le informaba de que había tenido que acompañar a un amigo a Hamburgo y que estaría fuera unos cuantos días, quizás una semana.

—Cada vez que da señales de vida es para decir que no está —exclamó Vidal—. Me dijo que se tomaría unos días de vacaciones para estar conmigo y, cuando yo llego, ella se pira.

5. *¿Dónde está el periodista?*

Me sentí una estúpida al darme cuenta de que la plaza París era la plaza que se abría tras la Puerta de Brandemburgo. Aquella mañana había pasado cerca del edificio donde estaban las oficinas del periódico y no me había percatado de ello. Mi sentido de la orientación siempre ha sido nulo y me admiraba la facilidad con la que Vidal se movía por una ciudad que visitaba por primera vez.

—Una ciudad es un organismo que vive —decía con una pasión que se contagiaba—. Nace, crece, se transforma y muere un poco cada día. Berlín es un gran ejemplo de ello. La guerra la redujo a escombros, pero consiguió rehacerse y, mientras lo hacía, la dividieron por la mitad, como aquel que reparte una tarta, y durante casi tres décadas ha sido una ciudad duplicada. Desde que recuperó la unidad, han intentado que vuelva a ser una sola, a pesar de que ella se resiste.

Quizás Berlín sí era una ciudad acogedora tal y como decía Vidal, pero como resulta que mi alemán es un poco escaso, todo me parecía extraño y lejano. Por suerte, mi nivel de inglés era más que aceptable y en aquellos momentos agradecí a mis padres que me

hubiesen obligado a pasar tres veranos en Inglaterra mientras mis amigas se divertían en el *camping* de la playa.

Caminaba sola por una ciudad que me era desconocida, y me sentía con la fuerza necesaria para conseguir lo que quería. Antes de entrar en la redacción del periódico, me retoqué un poco para tener un aspecto más adulto: una raya negra en los ojos con el lápiz que le había birlado a mamá; el pelo recogido en un moño para vermè más alta, e incluso ensayé una de aquellas sonrisas encantadoras que soltaba mi mejor ex mejor amiga Daniela cuando quería conseguir lo que se proponía.

Me presenté como una amiga de Lucian Epstein y después de que la chica de recepción respondiese «Espérese un momento, por favor», el latido de mi corazón se aceleró y me preparé para tener una charla con el periodista. Todo iba mucho mejor de lo que esperaba, pero aquella explosión de optimismo quedó reducida a nada cuando, después de consultar el ordenador y hablar con no sé quién por teléfono, me notificó que el señor Epstein hacía un par de meses que no trabajaba en el periódico. Me quedé helada. En un intento desesperado, imploré que me dijese dónde vivía o que me diese su número de móvil. Para dar más verosimilitud a una desesperación que no era en absoluto fingida, se me enrojecieron las mejillas y añadí que había volado expresamente hasta Berlín

solo para verle. Fue inútil, cuanto más insistía, más se cerraba aquella chica que había sido toda amabilidad, hasta que soltó:

—Señorita, será mejor que se vaya o me verá obligada a llamar al guardia de seguridad.

Además de humillada, me sentí perdida. Me daba la impresión de que mi viaje había terminado. Volví a la calle Libauer siguiendo el camino de ida y, milagrosamente, lo conseguí. Me abrió Noëlle con una de sus cálidas sonrisas y crucé la sala donde el chico de las cervezas estaba sentado en el sofá, rodeado de libros y viendo la tele con tanta concentración que ni se dio cuenta de mi llegada. Lo único que sabía de él era que se llamaba Karl, que estudiaba filosofía y que el piso era suyo.

Necesitaba pensar, decidir qué hacer. Sin embargo, por más vueltas que le daba no encontraba ninguna salida. Entré en el blog de Lucian Epstein y me di cuenta de un detalle que, en mi fijación por Gertrud Grass, me había pasado por alto: hacía exactamente dos meses que no lo actualizaba. Aunque probablemente no serviría para nada, le envié otro mensaje: «Estoy en Berlín, me gustaría hablar contigo. ¿Podemos vernos?».

En las fotos que había colgadas en su blog, aparecía un chico de veintitantos años con una mata de pelo oscuro y con unos pequeños ojos tras unas gafas de pasta negra. Podía pasearme por Berlín toda la vida y esperar que un golpe de suerte hiciese que me cruzara con él, pero solo tenía siete días y estaba a punto de agotarse el primero.

Título original: *La noia de la mitjanit*

© Gisela Pou, 2015

© de la edición: Edebé, 2015

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

© *Traducción:* Anna Carreras

Fotografía de cubierta: Getty Images

3.^a edición

ISBN 978-84-683-1615-4

Depósito Legal: B. 14415-2015

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. No era una mentira	9
2. El delirio de Dora	15
3. Amigos de infancia	21
4. La ciudad habla	29
5. ¿Dónde está el periodista?	37
6. El miedo crece	50
7. El infierno está en la esquina	60
8. La explosión.....	72
9. La noche en Berlín	81
10. No busques más	91
11. Una sorpresa inesperada	98
12. Entre dos mundos.....	109
13. La huida	120
14. Friedrichshagen	135
15. La entrevista veintiuna	146
16. El secreto de Müggelsee	153
17. Volver a casa	161

Tumbada en la cama miraba al techo y me preguntaba si me había precipitado. «Siempre tenemos que pensar antes de actuar, Sira», me repetía mi padre, y yo le creía, porque mi padre era el héroe a quien yo adoraba, hasta el día en el que preparó las maletas y se fue. «Me ha salido un trabajo en París», nos dijo a mi hermano Marc y a mí. «Volveré pronto». Y durante tres meses llamaba sí, día no, y nos vino a buscar para pasar un par de semanas de vacaciones. Un año más tarde supe que aquel trabajo que le había alejado de casa tenía quince años menos que mamá. No sé si mi padre pensó lo que hizo; en todo caso, aquella jovencita por quien había perdido la cabeza le duró poco tiempo. Al parecer, el exceso de impulsividad me viene de familia. Yo intento ponerle freno, pero los genes se me revolucionan y a menudo terminan ganando la batalla.

Pensaba en mi mala suerte cuando un mensaje de Daniela me obligó a regresar al mundo real. Hacía meses que Daniela y yo no nos hablábamos. Bueno, en realidad era ella quien se negaba a hablar conmigo. A pesar de que durante más de tres años fuimos íntimas, no me perdonó que saliese con Álex. Fue imposible hacerle entender que yo no tenía la culpa de que él me hubiese escogido a mí y no a ella. No lo aceptó y empezó a ignorarme. El mensaje que me enviaba era una carta cargada de mala leche.

Querida Sira:

Ahora ya sabes qué se siente cuando el chico del que estás enamorada se va con

otra. Me ha dicho tu madre que te has ido de viaje; bien hecho. Para el mal de amores no hay nada mejor que poner distancia. No, no pienses que me alegro de ello; ya imagino que debes de estar fatal y no me extraña. Que Álex te plante para irse con la pelirroja de cuarto C no tiene que ser nada fácil, y si encima la parejita se pasa el día morreándose delante del Bar de la Perla, entiendo que tiene que dar rabia. Pero no te preocupes, consuélate pensando que ni eres la primera ni serás la última a quien Álex Giró planta. Lo que sí tiene que molestarte es que se la lleve a Londres, al viaje que tenía que compartir contigo. Cómo cambian las cosas de un día para otro, ¿verdad, querida? Como diría la profe de Lite: «A rey muerto, rey puesto».

Hala, bonita, que pases unas felices vacaciones.

Daniela

—¡Será zorra! —exclamé.

Si la hubiese tenido delante, le habría encastado el móvil en la cabeza y de un puñetazo le habría hecho saltar todas las muelas.

Me costaba entender que alguna vez hubiese sido amiga de un ser tan malvado. Me había equivocado con ella. Me había equivocado con Álex. Me había equivocado volando hasta Berlín para encontrar a un

periodista y a una mujer de noventa y cinco años. Mi padre tenía razón, el exceso de impulsividad es un calentón que debe aprender una a detener mordiéndose la lengua y mirando hacia otro lado.

Era absurdo mentirme a mí misma. Hablando en plata, lo que verdaderamente me dolía no era que la malnacida de Daniela se regodeara con mi desgracia, sino que Álex no hubiese tardado ni una semana en buscarse a otra. De pronto, todo se iba al carajo. Había conseguido no pensar en Álex, pero aquel mensaje hizo que una sacudida de mal humor hiciese añicos mi autoestima.

Estaba cansada, sudada, abatida, desconsolada. Con gusto me hubiese puesto bajo la ducha durante un rato largo, pero mi desgracia era tan absoluta que ni siquiera tenía ropa para cambiarme. Llamé al aeropuerto para saber si se sabía algo de mi maleta, y una voz mecánica me confirmó que la maleta continuaba extraviada.

Vidal apareció a las siete y media. Parecía feliz. La escuela era mucho más interesante de lo que esperaba.

—¿Te pasa algo, Sira? —me preguntó cuando se percató de mi cara de pocos amigos.

—Nunca encontraré a ese periodista —le respondí—. Y si no encuentro a Lucian Epstein, no la encontraré a ella.

—Ha dejado el periódico, pero no ha desaparecido, mujer.

—¿Y si se ha ido de la ciudad? ¿Y si ha muerto? Antes de venir rastree su nombre por toda la red. Tiene Facebook, pero no me ha aceptado como amiga.

Tiene un blog con la dirección donde le escribo y no me responde. Ha publicado una porrada de artículos, pero todo se ha parado después de darse a conocer la entrevista a Gertrud Grass —hice una pausa para tomar aire—. No es que me ahogue en un vaso de agua; lo que me pasa es que ya no hay agua y no puedo nadar.

—Quizás ahora trabaja para otro periódico.

—Ya lo he pensado, pero si fuese así, saldría en la red.

—La red no es el mundo. No sale todo. Si quieres un consejo, yo que tú iría a la biblioteca y hurgaría en todos los periódicos; seguro que en alguno encuentras su nombre.

De pronto, mi desesperación se hizo un poco más ligera. La idea de Vidal tenía sentido.

—Ahora lo que puedes hacer es ducharte y después cenamos. He ido a comprar provisiones —me dijo señalando las bolsas del supermercado que se habían quedado al lado de la puerta.

—Primero tendré que lavarme esta ropa —le respondí mirando la camiseta sudada, arrugada y con una mancha de chocolate del gofre de la mañana.

—Usa la ropa de Emma. Yo diría que más o menos usáis la misma talla.

—¿Seguro? —le dije titubeando.

—Si prefieres ir con esa camiseta hasta que te traigan la maleta, tú misma.

El armario de Emma era inmenso, y la ropa estaba amontonada en una montaña de un metro de altura. Comprendí que el orden de la habitación solo era una fachada tras la cual se escondía el caos. Cuando Vidal

se fue a la cocina, avivada por las ganas de chismorreo, abrí unos cuantos cajones. Dentro de cada uno había una sorpresa. En el primero, aparecieron un tazón de leche y unos Crispis resecos. En el segundo, libros y libretas mezclados con ropa interior. En el tercero, unas gafas de sol al lado de un secador de pelo. En el cuarto, latas de refresco dentro de unas zapatillas de deporte. No seguí abriendo cajones para no marearme. Si Lady Macbeth viese aquella habitación, se daría cuenta de que yo soy megaordenada. Dejé los cajones como estaban, y me dediqué al armario.

No era fácil encontrar nada en medio de aquella montaña de ropa arrugada; así que, mientras Vidal estaba en la cocina hablando con Noëlle, me dediqué a doblar y colgar la ropa de Emma. Hacer un trabajo mecánico te deja la mente libre. Me obligué a no pensar en Álex y, casi sin darme cuenta, la historia de Gertrud Grass apareció en medio de jerséis, pantalones, camisas, vestidos, camisetas, pijamas, bragas, sujetadores, calcetines y biquinis.

Gertrud Grass solo había estado un par de veces en el pueblo donde había nacido su madre. Comparar aquel pequeño pueblo de la Prusia Oriental con Berlín era lo mismo que comparar un gorrión con una jirafa. La madre de Gertrud se había ido de casa sin el consentimiento paterno. Al llegar a Berlín, trabajar como ayudante de camarera en el hotel Esplanade le permitió borrar el pasado y empezar la vida que ella quería.

Gertrud sabía poco de su familia del pueblo. Conoció a su tía —la única hermana de su madre— solo después del maldito accidente. El padre y la madre de Gertrud cruzaban la plaza Postdam y un autobús que circulaba a más velocidad de la recomendada los aplastó. La distracción de un instante los envió al otro barrio. Gertrud tenía dieciocho años y comprendió que la crudeza de la vida puede aparecer en cualquier momento. Su tía acudió al entierro de su hermana y su cuñado. Después del oficio, con los ojos bañados en lágrimas, tomó las dos manos de su sobrina y le dijo que, aunque no hubiesen tenido trato, era la hermana mayor de su madre y que si alguna vez la necesitaba solo tenía que decírselo.

Después de que la bomba reventase la casa, Gertrud buscó refugio en el pueblo de su madre. La casa familiar quedaba aislada a un par de kilómetros del pueblo. Su tía vivía sola; su marido y sus dos hijos estaban en el frente desde el principio de la guerra. Aquella mujer huraña y poco expresiva solo hablaba con las gallinas que campaban a su aire tanto por el campo como por la casa. Su tía la recibió con una amabilidad forzada; las muestras de afecto se redujeron a un beso en la mejilla y a mostrarle la habitación que había ocupado su madre mientras vivió en esa casa. Aquella mujer de mirada esquiva se pasaba el día trabajando; la tierra le daba lo esencial para sobrevivir sin pasar hambre y estar ocupada le ayudaba a no pensar.

En cuanto el señor Herbst, el alcalde del pueblo, supo que había llegado una joven secretaria, le ofreció trabajo. Necesitaba a alguien para escribir a máquina,

redactar cartas, poner al día la contabilidad, repasar discursos, rehacer actas, contestar al teléfono, ordenar el papeleo y hacer todos los encargos que él no podía atender personalmente. Gertrud recuperó la tranquilidad. El empleo la obligaba a estar concentrada. Y tener la cabeza ocupada la alejaba de la guerra. Durante unas horas se olvidaba de un marido que no contestaba a sus cartas y de una casa que había quedado reducida a escombros. Gertrud ignoraba que estar cerca del señor Herbst la llevaría al infierno.

El alcalde era un gran devoto del régimen y el Líder era su Dios. En el despacho tenía una fotografía del Canciller que ocupaba toda una pared. La expresión severa, el bigote cercenado, el pelo relamido con la raya a un lado, el uniforme planchado... hacían del Líder una presencia omnipresente.

Muchas noches, el alcalde cenaba en su despacho, ponía la mesa de cara a la fotografía y entre bocados y sorbos de vino conversaba con aquel retrato en blanco y negro que se había convertido en su mejor compañía. Las malas lenguas decían que el señor Herbst había enloquecido, porque estaba convencido de que el Líder le hablaba y de que eran grandes amigos.

A menudo al alcalde le daba por las arengas repletas de frases grandilocuentes. Estaba convencido de que los alemanes ganarían la guerra y de que él ocuparía un cargo destacado en el nuevo imperio.

Hacía tres meses que Gertrud había llegado al pueblo, cuando una llamada personal al señor Herbst cambió el destino de la chica. Cuando el señor Herbst escuchó la voz del Líder se levantó

de la butaca, puso la espalda recta, hizo repicar los tacones de las botas, y con voz grave exclamó:

—¡Sí, señor! ¡Mañana mismo, señor! ¡Será de toda confianza, señor!

—Cuando colgó, las mejillas del señor Herbst estaban encendidas como dos granadas.

—Mañana empezarás en un nuevo trabajo, Gertrud —le dijo solemnemente.

Ella no dijo nada. No podía decir nada. Su vida estaba en manos de los demás y no tenía ánimo para sublevarse. Su destino era obedecer.

Al día siguiente, el propio señor Herbst la acompañó hasta un cruce cerca del pueblo. No habían esperado ni cinco minutos cuando un coche negro y reluciente paró delante de ellos.

—La vida de nuestro Líder está en tus manos —le dijo el señor Herbst antes de que ella cerrase la puerta—. Tienes que estar orgullosa de ello, Gertrud. Con mucho gusto yo haría lo que harás tú.

El coche la llevó hasta un barracón de madera. Dentro de él encontró a una docena de chicas. El hombre que la acompañaba hizo que se sentara delante de una larga mesa de madera. Nadie decía nada. Se escuchaba el aullido del viento que movía las ramas de los árboles. El presagio de la desgracia se acercaba mientras Gertrud se preguntaba qué hacía allí. En aquel momento no sabía que el barracón estaba cerca de la guarida del Líder, el cuartel general del Canciller.

Gertrud se quedó inmóvil, con la mirada clavada en la mesa, incapaz de romper el silencio, incapaz de

darse cuenta de que en el fondo de los ojos de aquellas chicas emergían chispas de terror.

A las diez y media, unos hombres uniformados llenaron el barracón de platos humeantes. Un aroma exquisito se esparcía por el aire. A Gertrud se le hizo la boca agua y su estómago se revolvía inquieto. Hacía años que no comía nada tan succulento. No se preguntó qué hacía allí, qué sentido tenía todo eso, qué lógica tenía que un coche la hubiese llevado hasta en medio del bosque para ofrecerle comida.

«¡Podéis empezar!», dijo el guardia, y un ligero ruido de tenedores rompió el silencio. Gertrud degustó el sabor ligeramente áspero de los espárragos; los descabezaba con las puntas de los dientes y dejaba que se deshicieran en su boca. Admiró el pastel de verdura, el color verde de las espinacas, el naranja de la zanahoria, el blanco de la patata, la montañita de arroz guarnecida con una mancha de salsa de tomate. Gertrud dejó que la textura suave y cremosa del pastel se esparciera por su paladar. Cerró los ojos para saborearlo y disfrutó de la comida sin preguntarse nada. Casi había terminado todo lo que tenía en el plato cuando se dio cuenta de que las otras chicas comían con una lentitud exagerada. La chica que tenía delante contemplaba el plato con miedo, cada bocado era una tortura y cada vez que tragaba cerraba los ojos y en su rostro se dibujaba una mueca de dolor.

El miedo del dictador a ser envenenado había provocado que no comiese nada que antes no hubiese sido probado. Después de la comida debían esperar cerca de tres horas para comprobar que no había

consecuencias. Mientras esperaban, Gertrud supo por qué estaba allí. El descubrimiento la hizo palidecer, el pánico le creció en el centro del estómago y una bocanada de vómito le ensució los zapatos y le salpicó las piernas. Un sabor agrio se propagaba por la lengua y los dientes.

El médico corrió a examinarla y certificó que el vómito lo había provocado un ataque de pánico.

A partir de aquel día, siempre que el Líder estaba en la guarida, ella dejaba su trabajo con el señor Herbst y se adentraba en el bosque. El horror de que cada bocado fuese el último le recordaba que estaba prisionera en la casa del terror y que no era lo bastante valiente para huir de allí.

6. *El miedo crece*

Plantada delante del espejo, la chica que me miraba desde el otro lado no era yo. Vestida con blusa negra y pantalones rojos —los únicos que encontré de mi talla—, reconocía mi rostro, mi pelo, mi cuerpo, mi voz, pero dentro de mí algo había cambiado. Poco a poco, el dolor de descubrir que Álex pasaba de mí ya no era tan intenso. A base de irme repitiendo que él no me quería, la rabia de saber que me había sustituido por otra se hizo más fácil de digerir.

El mal humor y el sentimiento de humillación acabaron de diluirse después de zamparme un inmenso plato de pasta y una ensalada de patata, una salchicha de Frankfurt y un helado de vainilla. Aquella comida hipercalórica amenazaba con hacerme pasar una mala noche; y cuando Vidal me propuso salir a pasear no me lo pensé dos veces.

Era agradable haber reencontrado a mi mejor amigo. Los años que habíamos estado separados se habían borrado sin dejar ningún tipo de rastro. Volvíamos a tener la misma complicidad que cuando nos sentábamos en las gradas del patio para sumergirnos en un mundo que nos pertenecía solo a nosotros. La voz cálida, el trato

atento y la facilidad de palabra hacían que todo lo que explicaba fuese interesante.

La noche era espléndida. En medio del cielo colgaba una luna inmensa y nosotros nos poníamos al día mientras caminábamos en dirección al río. El Spree atravesaba la ciudad de arriba abajo y los barcos llenos de turistas dejaban detrás de ellos una huella de espuma. Nos detuvimos al llegar al puente Oberbaum y desde allí contemplamos las aguas oscuras y tranquilas del río.

—El primer Oberbaum era todo de madera, pero a principios del siglo pasado lo rehabilitaron de cabo a rabo —explicó Vidal, y a continuación señaló la edificación de ladrillo rojo que se alzaba un piso por encima de los arcos y por donde circulaba el metro—. Al final de la Segunda Guerra Mundial, lo dinamitaron para evitar que las tropas soviéticas lo utilizaran como lugar de paso.

—La historia te fascina —bromeé mientras contemplaba los arcos que se abrían al otro lado del río.

—Todo es historia, Sira: la ciudad, el puente, el río, nosotros —me dijo con la voz cada vez más baja.

—Cuando éramos pequeños, te pasabas el día contándome historias —le dije al mismo tiempo que le ponía la mano en el hombro con gesto de camaradería.

—Lo hacía para impresionarte —me replicó y, tras un breve silencio, añadió—: Cada noche leía como un loco para encontrar algo que contarte al día siguiente.

—¿Lo dices en serio?

—Estaba enamorado de ti.

Una sacudida dentro de mí hizo que me agarrase con

fuerza a la barandilla. Nunca hubiese pensado que el pequeño Vidal, mi mejor amigo, el niño a quien había hecho depositario de todos mis secretos se hubiese colgado de mí.

—Nunca me lo dijiste.

—Te lo digo ahora —me dijo pasándome su mano por mi pelo.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me temblaron las piernas. Incapaz de decir nada, nerviosa por una caricia que me había llegado hasta los tuétanos. El ruido del metro retumbó sobre nuestras cabezas y lo aproveché para cambiar de conversación. La historia de Gertrud Grass sirvió para escaparme de un momento más extraño que incómodo, y durante diez minutos hablé de aquella desconocida, de lo que me había contado mi abuela, de la noticia en el periódico, del verdadero motivo por el cual había ido a Berlín.

—¡Es una historia impresionante! —me dijo Vidal con los ojos abiertos como platos.

—Ya lo sé. Por eso estoy en Berlín —dejé pasar un rato antes de seguir hablando—. Lo cierto es que tengo la sensación de que con esta historia soy un poco friki.

—No te engañes, tú y yo ya éramos dos frikis cuando teníamos diez años —replicó Vidal, pero no se dejó llevar por la nostalgia, sino que señaló una pared de casi tres metros de altura que empezaba en el cruce del puente—. Es lo que queda del muro que dividió a la ciudad.

—Y resulta que te mueres por ir —bromeé.

—Si estás cansada podemos volver a casa.

—Resistiré.

Entonces entendí que el paseo no había sido al azar. Vidal se moría de ganas de visitar el East Side Gallery, el kilómetro y medio de muro que quedó en pie después de la unificación. No era solo una pared pintada con murales de diferentes artistas; allí se condensaba la memoria de la ciudad. Una especie de museo al aire libre donde confluían el pasado y el presente. Berlín había sido una ciudad dividida durante veintiocho años y aquel trozo de muro era el testimonio de ello.

Caminábamos a paso lento, el uno al lado del otro, sin decir nada. Delante de nosotros, las pinturas y los dibujos mostraban la unificación de dos mundos. Colores intensos, figuras humanas, geométricas, un solo color, muchos colores a la vez. Aquel fragmento de la historia que ahora se convertía en reclamo turístico había sido una frontera infranqueable que impedía a los ciudadanos de la Alemania comunista huir a la Alemania occidental. Un muro que había fragmentado la ciudad en dos mundos opuestos.

Vidal se detuvo. Delante de nosotros había una pintura donde dos hombres de más de sesenta años se besaban en la boca. Me sabe mal admitirlo, pero la escena me pareció repugnante.

—El de las gafas es Honecker, el presidente de la Alemania del Este y el otro es Breznev, el líder de la Unión Soviética, dos comunistas de los pies a la cabeza. Es uno de los besos más famosos de la historia. Era a finales de los setenta y ambos creían en un mundo que estaba a punto de hundirse. Yo lo titularía *el beso del naufragio*.

A pocos metros de donde estábamos, una pareja se besaba.

—Hace una noche fantástica —dijo Vidal con aquella serenidad con la que lo decía todo, y me puso la mano en el hombro.

—Volvamos a casa —le respondí, contundente.

Con tres palabras había decapitado un momento lleno de magia.

El pequeño pueblo donde había nacido la madre de Gertrud estaba a unas cuantas horas en tren desde Berlín. Sus habitantes ignoraban que, escondido en medio del bosque, se hallaba uno de los cuarteles militares del Canciller. Los días en los que él y sus oficiales hacían estancia allí, una llamada al despacho del alcalde le avisaba para que la chica se desplazara hasta el cuartel. Después del primer día, ya no hubo ningún otro coche para acompañarla. Ella sola atravesaba el bosque, se adentraba entre los árboles y llegaba hasta un claro donde uno de los guardias le decía por dónde tenía que continuar. A menudo, un mismo pensamiento la atormentaba. Podía empezar a correr. Podía intentar huir. Podía terminar con ese tormento y, sin embargo, no era capaz de hacerlo. Tenía miedo. Si la pillaban todo habría terminado, y en el caso de que lo consiguiera, entonces sería su tía quien recibiría las consecuencias. No lo haría. Pensaba en ello, pero no tenía el coraje de arriesgarse. Acababa de hacer el trayecto y una vez más se enfrentaba a la posibilidad de

morir envenenada. Su vida se concentraba delante de un plato lleno de comida. Mordía. Tragaba. Esperaba.

A las diez en punto del primer lunes de julio me desperté maldiciendo la costumbre de los berlineses de no tener persianas. Vidal no estaba. Encima de la mesa había una nota dándome los buenos días, un mapa de la ciudad y un esquema de qué tenía que hacer para llegar a la biblioteca estatal.

Tenía sueño; la noche anterior me había costado dormir. Vidal se había instalado en el sofá y yo me fui a la cama de Emma. Cinco minutos después de cerrar la luz, los ronquidos de mi amigo se convirtieron en una sinfonía que amenazaba con no parar durante toda la noche. La farola de la calle llenaba la habitación de sombras que se movían lentamente mientras yo me esforzaba en negar que Vidal me gustaba. Quería creer que todo era consecuencia de un exceso de fragilidad. Me habían pasado demasiadas cosas en demasiado poco tiempo y no conseguía asimilar una serie de emociones que me agobiaban. Confundida, di vueltas en la cama hasta que tres horas más tarde el cansancio me venció.

Cuando abrí el móvil para consultar la hora que era, choqué con una serie de mensajes de mamá. Lady Macbeth estaba impaciente por saber dónde estaba y qué hacía. No me apetecía para nada aguantar uno de sus discursos, o sea que respondí con un breve mensaje donde le decía que todo iba perfecto y que me pasaría

la mañana en el museo. No hay nada que a mamá le guste más que el hecho de que yo muestre interés por la cultura, de modo que la haría feliz aunque fuese mentira.

El piso estaba desierto; no estaban ni Vidal, ni Noëlle, ni Karl, el filósofo de Libauer. Desayuné un bol de leche con cereales y me encaminé hacia la biblioteca dispuesta a revolver todos los periódicos hasta encontrar el nombre de Lucian Epstein.

El edificio de la biblioteca era enorme. La sensación de inmensidad la daba el hecho de que el espacio interior se organizaba en pisos de diferentes alturas sin ninguna pared interior. Si hubiese tenido a Vidal al lado me habría contado la historia del edificio, pero estaba sola y me limitaba a admirar una construcción que me parecía brutal. Dejé el bolso y la chaqueta en una de las taquillas de la entrada y me puse un boli y una hoja de papel en el bolsillo.

Durante más de tres horas revolví periódicos. Mi padre nunca tuvo ningún interés en que aprendiese la lengua de su familia materna. «Ya la aprenderá cuando sea mayor y ella quiera hacerlo», había dicho, y de este modo se sublevó contra aquella madre con quien había dejado de hablarse. Yo pasaba las páginas de los periódicos y leía el nombre de los periodistas. La esperanza de encontrar a Lucian Epstein se fue extinguiendo a medida que pasaban las horas. Estaba a punto de darme por vencida cuando una voz me rescató de una profunda depresión.

—Hola..., Sira —dijo Margot Schoger, la mujer que combatía el miedo en los aviones hablando sin parar.

Le conté que buscaba a un periodista, que necesitaba encontrarle y no sabía cómo hacerlo.

—¿Cómo has dicho que se llama? —preguntó moviendo arriba y abajo sus ojos de lechuza.

—Epstein, Lucian Epstein.

Y sin decir nada se fue hasta su ordenador y empezó a teclear. Cinco minutos que se hicieron eternos concluyeron con una sonrisa ancha que le iluminaba sus enormes ojos.

—Lucian Epstein es socio de la biblioteca —dijo como el que te revela que ha encontrado un tesoro.

De pronto un concierto de trompetas retumbó en medio del cielo y yo por fin veía la luz. Me moría de ganas de saltar detrás del mostrador y besarla.

—¿Y dónde vive? —dije impaciente para correr tras él.

—Lo siento, Sira, pero no podemos dar información confidencial de nuestros socios.

El peso descomunal de aquella biblioteca se me cayó encima. Tenía a Lucian Epstein al alcance de la mano, podía saber dónde vivía, su número de teléfono... Todo estaba dentro de aquel ordenador, pero yo no tenía acceso.

—Si me das tu teléfono, se lo puedo dar el día que venga —se ofreció Margot al percatarse de mi decepción.

Escribí mi número en un papel y salí de la biblioteca con ganas de morirme.

Durante horas caminé por la ciudad sin saber adónde

iba. Tuve la tentación de echarlo todo a rodar; subirme al primer vuelo que regresara a Barcelona y olvidarme de Gertrud Grass. Me dolían los pies; mi estómago se quejaba de hambre, y cuando decidí que lo mejor era volver a Libauer, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba.

Sentada en un banco, me sentía tan perdida como el pequeño Pulgarcito cuando comprende que no puede volver a su casa. Estaba pensando qué hacer cuando una llamada de Lady Macbeth me hizo reaccionar.

—¿Qué tal todo, princesa?

—¡Genial, mama! —mentí forzando una alegría falsa, y para evitar que me preguntase nada más, no la dejé hablar—. ¿Sabes a quién me he encontrado? A Nico Vidal, ¿te acuerdas?

Proseguí con un bla-bla-bla imparable que aniquiló toda facultad de escucha y así la conversación se precipitó hacia el punto final.

Intentaba encontrar el camino hacia Libauer cuando una llamada de Margot Schoger me rescató. La bibliotecaria me dijo que Lucian Epstein pasaría por la biblioteca aquella misma tarde. Aquel golpe de suerte me devolvió la alegría. Preguntando a uno y a otro necesité más de tres horas para regresar a la biblioteca. Margot me recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cuando te has ido me he dado cuenta de que el señor Epstein tenía un libro reservado desde hacía una semana. Le he recordado que, si no pasaba a recogerlo, tendríamos que ponerlo en préstamo —era evidente que Margot tenía ganas de ayudarme; hizo una pausa, abrió un poco más aquellos ojos inmensos que parecía

que perteneciesen a un rostro más grande y añadió: No ha tardado nada en responderme que pasaría esta misma tarde.

—Muchas gracias, Margot.

—Favor por favor —me dijo guiñando un ojo—. De alguna manera tenía que agradecerte tu paciencia al aguantarme durante el vuelo.

Durante dos horas miré a la gente que entraba y salía. Estaba a punto de perder la paciencia cuando lo vi. Un hombre joven, de pelo oscuro, gafas de pasta negra, con camisa y deportivas blancas se acercaba hacia la mesa donde estaba Margot.

Su estómago se encogía y aparecía aquel dolor que le reventaba las entrañas. Apretaba los labios y se tragaba el miedo. Los dedos de la mano quedaban agarrotados, el brazo se inmovilizaba, el cuerpo se revolvía y se negaba a comer. Pero tenía que hacerlo, estaba allí para hacerlo. No podía detenerse. Gertrud Grass asía el tenedor con fuerza; ante ella, un plato de picadillo de patatas y verdura aliñado con salsa de queso desprendía un aroma exquisito. Pinchaba una patata tostada, ligeramente jugosa. Temblaba. Los movimientos eran extremadamente lentos. El trayecto que iba del plato a la boca era el prelude del martirio. Los labios se abrían, la comida se posaba en la lengua. No degustaba el sabor, ni el olor. El terror de saber que podía ser su última comida le paralizaba los músculos de la garganta. La sangre se demoraba, la respiración se hacía más pesada, el miedo se convertía en compañero. Tragaba.

Respiraba profundamente; una, dos, tres veces, y empezaba la espera. Esperaba que apareciese el dolor, que llegase el vómito, que se le detuviese la sangre. Esperaba.

1. No era una mentira

Álex encajó mal que no me fuese con él a Londres. «Si no te apetecía, podrías haberlo dicho», me reprochó con rabia. La discusión duró más de una hora. No conseguí darle a entender que para mí era imprescindible viajar a Berlín. Quería hablar, pero él no me dejaba. Quería que comprendiese que cambiar los planes del viaje no era un capricho, pero él no escuchaba, se liaba en un monólogo inacabable y convirtió mi negativa en una traición. Hacía seis meses que salíamos juntos, y aquel mediodía de junio nuestra relación se columpiaba, peligrosamente, en la cuerda floja.

Nunca habíamos tenido una pelea tan intensa. Álex me dejó con la palabra en la boca y se fue. Quise creer que cuando se tranquilizase me escucharía. Durante tres días le llamé, le envié mensajes, incluso fui a su casa un par de veces, pero todo fue inútil. Álex Giró era orgulloso y obstinado, y no soportaba no salirse con la suya. «Tranquila, Sira», me repetía cuando la impaciencia me empujaba a actuar. Estaba convencida de que el día del estreno haríamos las paces y todo se arreglaría.

Aquella noche, Joana Llach, mi madre, se estrenaba interpretando a Lady Macbeth en el teatro Romea. Mientras duraron los meses de ensayo, tuve que aguantar sus ataques de nervios, sus descensos al infierno, y aquella inestabilidad permanente en la que vivía mientras interiorizaba todo aquello que concernía al personaje. El estreno de la obra siempre era el punto de inflexión. Después de tantos nervios y quebraderos de cabeza, mamá se relajaba, y si la crítica era medianamente positiva, entonces Lady Macbeth se convertiría en la madre más enrollada del mundo.

Hacía más de dos años que mi hermano, con la excusa de estudiar el grado de traducción e interpretación, se había ido a vivir a París con papá, y yo tenía que aguantar en solitario las turbulencias emocionales de mamá. A mí el teatro me importa un rábano; y aunque debo aceptar que los amigos de mamá —en su mayoría actores— son divertidos, amenos y gente especial, tanta efusividad y egocentrismo me agobia. Sin embargo, a Álex le sucedía todo lo contrario: le entusiasmaba el teatro y era capaz de vender su alma al diablo para ir a un estreno. Nada le exaltaba más que tener actores a su alrededor, y yo, ingenua de mí, estaba convencida de que, a pesar de nuestra pelea, él no se perdería el estreno de *Macbeth*.

Le esperaba con el discurso aprendido, pero a medida que pasaba el rato y él no aparecía, la decepción

me borró la sonrisa. Cuando ya no quedaba nadie en el vestíbulo del teatro y el timbre avisó del comienzo de la función, acepté la evidencia: Álex no vendría.

Me senté en la butaca en el momento en que apagaban las luces y dejé el bolso en el asiento de al lado para sentirme menos sola. Después del eco de un repique de tambores, siguió un denso silencio que rompieron las voces de las brujas de *Macbeth*. Fui incapaz de seguir la obra. Ante mí, mamá se paseaba vestida de época, pero a mí me daba la impresión de que ensayaba en el comedor de casa. Imposible concentrarme en la historia. Imposible seguir el discurso de Macbeth. Imposible no hacer nada más que dar vueltas a una idea que se había convertido en un hecho: Álex y yo habíamos roto.

Cuando la obra terminó, no me quedé a felicitar a mamá. Para evitar reproches y preguntas incómodas, le envié un whatsapp donde le decía que había sido genial. Llegué a casa arrastrándome como un gusano, me comí un paquete entero de galletas de chocolate, y me pasé dos horas de reloj concentrada ante el ordenador.

Conseguir resumir en mil trescientas veintisiete palabras todo lo que quería decirle a Álex sin revelar el secreto de mi abuela no fue fácil, pero lo hice, y sin pensármelo dos veces, le envié el mensaje. Era mi último intento.

Mamá no apareció hasta las cinco de la madrugada. En el momento en que se abrió la puerta de la calle, apagué la luz y me metí en la cama. No quería que ella me viese con los ojos enrojecidos. Si me descubría, interpretaría su papel de madre responsable, me

abrazaría como cuando era pequeña para consolarme diciendo que todo se arreglaría, pero era inútil, no había nada que arreglar.

En cuanto los ronquidos de Lady Macbeth se expandieron por el pasillo, volví al trabajo. Había escrito tres correos al periodista que había descubierto la noticia de Gertrud Grass. Le decía que iba a Berlín y que necesitaba hablar con él. El verbo *necesitar* ayuda a abrir puertas; sin embargo, aunque lo repetí tres veces, él no respondió. No me di por vencida y le envié un cuarto mensaje. Cuando las primeras luces del nuevo día emergieron en el horizonte, yo acababa de comprar un vuelo de ida y vuelta a la capital alemana. Había pagado siete noches en un hotelito lo suficientemente económico como para poder estar allí una semana entera. Me puliría los ahorros de un año; aunque me arruinase, valía la pena.

El nombre de Gertrud Grass había aterrizado en mi habitación hacía cuatro días. Era mi primer día de vacaciones. Después del último examen, lo único que quería era dormir, descansar, no pensar, y dejar que mi cuerpo recuperase la energía que el exceso de estudio le había robado. Me autorregalé una mañana para holgazanear. No me levantaría de la cama hasta que el cuerpo me dijera basta, pero a pesar de los buenos propósitos, no me acordé de apagar el despertador de la radio. A las siete en punto, el informativo me dio los buenos días y la voz grave del presentador retumbó

por toda la habitación recitando las noticias. El despertador estaba encima de la estantería de los libros; una posición estratégica que me obligaba a levantarme para pararlo. Aquella mañana, mientras me maldecía por haber sido tan estúpida, me tapé la cabeza con la almohada, pero fue inútil: aquella voz profunda y perfectamente modulada se obstinaba en obligarme a que me levantara. Estaba a punto de lanzarle la botella de agua que tenía encima de la mesilla, cuando lo escuché:

«Gertrud Grass, una nonagenaria que vive en Berlín, ha revelado al joven periodista encargado de entrevistarla que ella fue una de las doce chicas catadoras de las comidas del dictador. El Líder tenía miedo de un envenenamiento y, cada día, las jóvenes se exponían a morir para salvar la vida de aquel hombre al que llamaban el Monstruo. Gertrud Grass no había confesado su secreto a nadie. El miedo a sufrir represalias la había obligado a guardar silencio, un silencio que rompía a los noventa y cinco años».

«¡No puede ser!», grité al mismo tiempo que daba un brinco y saltaba de la cama. La emoción, la perplejidad y la sorpresa se mezclaban a partes iguales. Sentía que volaba, me elevaba y escuchaba la voz de mi abuela que me repetía una y otra vez que escuchase su secreto. «¡No puede ser!», repetí, y creí que era un sueño, que el despertador no había sonado, que la radio no había dado la noticia. Y para comprobar que no era producto de mi imaginación, corrí a consultarlo en la red. Tecleé el nombre de Gertrud Grass y apareció el rostro de una mujer de pelo blanco, cejas pintadas, arrugas profundas y collar de perlas a ras de cuello.

Miraba a la cámara y sonreía. La mujer que durante dos años había arriesgado su vida para salvar la del Monstruo estaba viva.

2. *El delirio de Dora*

Descubrir que el delirio de mi abuela no era un desvarío senil, confirmar que el secreto que me había confiado no era fruto de un cerebro que confundía realidad y ficción, me dejó en estado de *shock*. Mi abuela Dora, la madre de mi padre, tenía ascendencia alemana por parte de padre y francesa por parte de madre. Nació en un pueblo a las afueras de Berlín y allí vivió hasta finales de la década de los años cuarenta, cuando su familia se trasladó a Francia. Años más tarde se enamoró de un barcelonés que vivía en París, y poco después de casarse viajaron a Barcelona, donde se instalaron.

Mi abuela era una mujer estricta, obsesiva del orden y la puntualidad. Su hijo se alejó de ella tan deprisa como pudo y yo no la conocí hasta después de cumplir los trece años. Hasta entonces, la abuela Dora era una fotografía colgada en la pared. Una mujer alta, de aspecto severo y solemne, que miraba a la cámara con expresión seria. Ella y mi padre rompieron la relación después de una discusión que terminó con reproches personales justo después de la muerte de mi abuelo. Madre e hijo dejaron de hablarse cuando yo tenía pocos

meses. Crecí convencida de que no tenía abuela hasta que ella escribió a mi padre para exigirle conocer a sus nietos. Mi padre cedió. No fue exactamente una reconciliación, pero aceptó que nos conociésemos. Viajamos a París —después de enviudar, mi abuela había regresado a Francia—, y aquella mujer elegante y estilizada con expresión eternamente fría se plantó delante de mí y me repasó de arriba abajo. «No eres muy alta», dijo sin una brizna de afecto. Ella era así, seca como un bacalao y dura como una viga de hierro. Me lo tomé como un cumplido y obvié el trato distante de aquella abuela desconocida que se pasó la tarde explicándome la historia de la familia. Después de aquel día nos vimos en contadas ocasiones. Dos años más tarde, cuando mi abuela empezó a perder la cabeza, poco a poco se convirtió en otra persona.

Su último verano, cuando la enfermedad hacía imposible que viviese en su casa, mi padre la ingresó en un centro geriátrico. Hacía un año que mis padres se habían separado. Mi padre vivía en París, cerca de aquella madre senil que pasaba sus últimos días con una alegría desbordante. La degeneración de sus capacidades la convirtió en un personaje amable y parlanchín. La contención y la rigidez habían desaparecido y mostraba una imaginación sin límites. Sin moverse de los jardines de la residencia, viajaba por todo el mundo. Podía comer con el presidente de los Estados Unidos, conversar con la reina de Suecia, tener intimidad con un espía de la antigua Unión Soviética. Aquel verano yo lo pasaba con papá; él tenía trabajo en la universidad donde daba clases de economía y yo me dedicaba a

pasear por la ciudad y a visitar a mi abuela. Durante trece años estuve convencida de que era la única niña en el mundo que no tenía abuela, y ahora que la había encontrado quería aprovecharlo.

Aunque tenía más de ochenta años, mi abuela Dora era bastante más alta que yo. Caminaba con la espalda erguida y hablaba todo lo que no había hablado a lo largo de su vida. Aquella tarde, después de explicarme que había comido con el presidente de la República, añadió que había recibido una carta de una vieja amiga. Mi abuela vivía la ilusión de que cada día recibía cartas, cuando en realidad no recibía ni una. Empezó a llover y nos cobijamos en el cobertizo donde hacía un par de meses habían florecido las hortensias. La humedad del ambiente y aquel olor intenso de tierra mojada propiciaban las confidencias.

Mi abuela Dora miró unos segundos el viejo tilo que había en el centro del jardín y me confesó una de sus historias: «Me ha escrito la chica que escondimos en casa mientras en Berlín se libraba la batalla final».

Mi abuela me agarraba las manos y las apretaba entre las suyas. Sus manos eran largas, con la piel transparente y llena de venas abultadas como serpientes moribundas. Después de un breve silencio, prosiguió:

«Una noche, cuando mi madre, la sirvienta y mi hermano pequeño dormían, mi padre entró en mi habitación y me despertó. Vivíamos en un pueblecito a pocos kilómetros de Berlín. Mi padre era el médico del pueblo y cuando estalló la guerra era demasiado mayor para ir al frente. Bueno, lo que te decía, aquella noche, acompañé

a mi padre al consultorio que tenía en la planta baja, me hizo sentar en la butaca donde habitualmente se sentaba él y me ordenó que no contase nada a nadie, ni siquiera a mamá. Me puso la mano en el hombro y me confesó que teníamos a una chica escondida en la bodega y que yo me encargaría de cuidar de ella. Mi padre buscó un par de mantas y me las dio. Sin añadir nada más, atravesamos el jardín. En casa teníamos un amplio y bonito jardín; en un extremo había una especie de sótano que antes de la guerra se utilizaba como bodega y que era mi refugio siempre que necesitaba estar sola. Mi padre se detuvo delante de la puerta y me advirtió de que la joven estaba asustada y que era mejor no preguntarle nada. Bajamos los treinta peldaños que conducían a la bodega y allí, iluminada por la luz esmirriada de una bombilla, la vi por primera vez. Tenía la piel más pálida que había visto nunca, llevaba una larga trenza dorada que enrollaba alrededor de la cabeza y nos miraba con sus ojos inmensamente azules. Mi padre, con ese tono amable con el que se dirigía a sus pacientes, le dijo que yo era Dora, su hija».

Y entonces, mi abuela se detuvo un momento, como si volviese a tener quince años y tuviese a esa chica delante.

«Estaba orgullosa de ser la cómplice de mi padre. Cada noche, cuando todos dormían, bajaba a la cocina, preparaba un plato con un poco de todo, procurando no sustraer demasiado de una misma cosa para evitar que mi madre se diese cuenta. Atravesaba el patio iluminado por la luz de la luna y abría la puerta del sótano con la llave que tenía escondida debajo de la plantilla del

zapato. Durante ocho noches hice lo mismo. La chica, a pesar de que los primeros días no me dijo nada, poco a poco se fue relajando y empezó a explicarme quién era y de dónde venía. Tenía la mirada tan asustada que daba lástima y comía con tanta lentitud que el plato le duraba horas. Primero pensé que era su manera de ser, pero después comprendí que aquella lentitud era consecuencia del miedo que la paralizaba. Masticaba con los ojos cerrados, no para saborear la comida, sino para contener el terror».

Mi abuela Dora me contó la historia de aquella mujer como si fuese la suya. Al principio yo no la escuchaba con demasiada atención, pero a medida que sus delirios se hacían más interesantes, la historia me atrapó.

«Una noche, cuando bajé al sótano, escuché sus gritos. Bajé las escaleras de tres en tres, se me derramó un poco del plato de sopa que le llevaba y la manzana que me había guardado de la comida rodó por las escaleras. Cuando entré, Gertrud acababa de despertarse. Había tenido una pesadilla. Me tomó las manos y me hizo prometer que nunca contaría su historia a nadie».

Días más tarde, mi abuela se obsesionó con ir a Berlín a buscar a aquella mujer, la joven de la medianoche.

Era un relato inquietante. Tenía todos los ingredientes para convertirse en un magnífico guion, pero no le hice demasiado caso. Estaba convencida de que todo aquello era un delirio más de mi abuela. El día antes de morir, ella musitó: